



LA ISLA DE HONG-KONG EN CHINA.

La isla de Hong-Kong cedida á la Inglaterra á consecuencia del tratado estipulado entre la reina de la Gran-Bretaña y el emperador del celeste imperio, está situada á la embocadura del río de Cantón, á la distancia de unos 154 kilómetros de la población del mismo nombre y á 52 kilómetros de Macao; su longitud es de 44 kilómetros y su anchura varía desde 5 hasta 7 kilómetros. La isla vista desde cierta distancia, presenta un aspecto poco agradable, pero al acercarse á ella, se ven fértiles terrenos y numerosos rios. Su nombre, derivado de palabras chinas que significan torrente rojo, alude al color de la tierra, por la cual corre un riachuelo que se arroja en la rada formando una cascada vistosa. La rada es magnífica, su profundidad es tanta y de tal igualdad, que un navío de 74 cañones puede andar á la distancia de un cable de la costa.

Al norte de la isla, cerca de la costa, se extiende una cordillera de montañas cuya mayor altura es de 130 metros sobre el nivel del mar. Estas montañas desiertas é incultas están formadas de masas enormes de granito, interrumpidas tan solo en escasos trechos por algunos prados y arbustos; se inclinan casi todas hacia el mar y apenas dejan espacio suficiente en sus bases para construir algunas habitaciones.

Al mediodía de la isla hay algunas bahías bastante grandes, particularmente dos designadas con los nombres de Ty-tam y de Churpie-ivan. Los ingleses han colocado un destacamento á avanzada militar en la playa de la primera de estas bahías y fundarán en ella, sin duda, algun establecimiento importante; la segunda presenta un local al abrigo de los vientos y muy favorable para establecer un estanco astillero.

Una península bastante estensa, sembrada de aldeas chinas, se extiende hacia el sur desde la población de Clow-loon; el terreno de ella es muy fértil, y hay muchos abetos corpulentos.

En la costa oriental de la isla, que dá frente al continente, hay valles pequeños y angostos, cultivados con el minucioso esmero

y la paciencia inalterable del agricultor chino. El valle principal no tiene mas que una entrada muy estrecha hacia el lado del mar, obstruida por una roca inmensa que ha rodado de las montañas inmediatas, pero de la que, gracias á la industria, se ha sacado un partido ventajoso; en su parte superior se ha abierto á pico un estanque que recoge el agua de las resacas montañosas por medio de conductos de bambú y se distribuye por el mismo mecanismo en el valle.

Este valle es el mas poblado, pintoresco y frondoso de la isla. Si los ingleses no se ven obligados por alguna revolucion á abandonar la isla, antes de pocos años se verá al lado de los estrambóticos edificios chinos, con sus tejados azules y adornos con dragones y delphinés, cómodas y elegantes casas de campo inglesas.

Exceptuando la parte de la costa en que está situada Clow-loon, el clima de Hong-Kong es generalmente demasiado húmedo; pero es posible mejorarle.

Bajo el punto de vista militar, la isla de Hong-Kong es una prolongación de la línea de bastillas marítimas con que los ingleses van rodeando los mares. Con una escuadra estacionada principalmente en la bahía, esperan poder dominar todo el comercio de la China, y vigilar al mismo tiempo las islas Filipinas y las del Japon. Los establecimientos militares de Singapor y de Hong-Kong colocan la navegación de los mares de la China bajo la inspección inmediata de la Inglaterra.

La apreciable literata francesa madame Amelie Richard, ha tenido la galantería de dirigirme el artículo critico que ha escrito sobre el *Paralelo de Safo y Santa Teresa de Jesús*.

La dama francesa, herida en su orgullo nacional, se queja de que no hallamos otra rival digna de Safo que Santa Teresa, habiendo en 25 de Junio de 1850.

su concepto tantos nombres ilustres cuyo mérito literario excede al de nuestra Santa.

Nosotros, sintiendo ser de tan diversa opinión respecto á Santa Teresa y á las poetisas de Francia, hemos traducido, no obstante, el artículo de madame Amelie Richard con todo el esmero posible, para que luzca su talento, y nos proponemos contestar en el mismo número.

Sobre el Paralelo de Safo y Santa Teresa.

Es defecto de españoles no hablar con justicia de los extranjeros.—Los críticos españoles se forman un mundo aparte, y si hablan de su teatro, dicen que es el primero.—Si hablan de sus líricos, nunca son los segundos.—Perezosos para estudiar, no conocen los nombres sino por tradición.—Sus anteojos literarios no alcanzan mas acá de nuestros Pirineos.—Por eso no nos ha mancillado ver á una poetisa española contemporánea, aludir con reflexión á las de Francia, que *llevan el mundo con el eco de su fama*, y que al parecer ha estudiado poco cuando no las cree dignas de ser comparadas con la monja española.—La obra que anuncia de los *Génios Gemelos*, cuyo primer paralelo ha fijado nuestra atención, es, lo confesamos, un pensamiento original y bello. El desempeño del primer paralelo, notable por su rica poesía, sería excelente si su autora no le hubiese escrito preocupada con la supremacía de su compatriota.

No desdeñamos seguramente el mérito de una muger, que como santa Teresa, escribió sin educación literaria.—Sus obras son en Francia estimadísimas.—Pero es posible que ni madama Cotin, ni madame Deshouliere, ni Mlle. Estael, ni otro gran número de francesas ilustres, hayan podido merecer la comparación con Safo?—¡Oh que injusticia!

La doncella española ha debido esperar á que madurase su juicio crítico para escribir este paralelo.—Ha debido estudiar antes á nuestras escritoras, y fijarse muy principalmente en la poesía de madame Deshouliere, adoptada en Francia para explicar los principios de literatura.

He aquí lo que dice Mr. Batleux, de la academia francesa, hablando de madame Deshouliere.—De madame Deshouliere celebridad europea.

«Madame Deshouliere no cede á nadie en el género de que hablamos (los Idilios). Sus obras tienen ese fondo de dulzura y de madurez que recomienda Horacio, y una y otra en un grado exquisito. Con un arte admirable posee el secreto de expresar los sentimientos mas delicados. Tan sencilla como Teócrito, tan delicada como Virgilio, tan espiritual como Byron, ha hecho de todas estas cualidades una dichosa mezcla.»

Esto dice el respetabilísimo académico de nuestra célebre literata, y después cita dos de sus idilios, cuya perfección demuestra cuán inteligente era en las combinaciones del arte y qué correcto llegó á ser su estilo.

Citaremos uno. El mas débil, para suavizar la rudeza de nuestro ataque á los que desconocen nuestra poesía nacional.

LE RUISSEAU.

Ruisseau: nous paraissions avoir un même sort;
D'un cours précipité nous allons l'un et l'autre,
Vous á la mer, nous á la mort.
Mais, hélas! que d'ailleurs je vois peu de rapport
Entre votre course et la nôtre.
Vous vous abandonnez sans remords, sans terreur
A votre pente naturelle,
Point de loi parmi vous ne la rend criminelle.

No sé,—pero digo ingenuamente que estos versos me parecen mejores que aquellos de

«Muero porque no muero»

de la monja española.

Y he citado á madame Deshouliere porque conozco la afición de los españoles á los consonantes.—Otras poetisas pudiera citar.—Es verdad que no tienen ni la filosofía ni el gusto de madame Deshouliere.—Madame Deshouliere, lo repetimos, es un modelo.—¡Y Luisa Labé, escritora de últimos del siglo XVI, se debe la sola comedia de su siglo, escrita en griego, cuyas formas clásicas, cuyas partes armoniosas, cuyo conjunto la hagan digna de ser comparada á las comedias griegas.—Un estudio profundo, un conocimiento exacto de los autores griegos y latinos, le hizo adquirir estas ventajas sobre sus contemporáneas *Clementia de Bourgas* y *Pernet Guillet*. A Luisa Labé la

eran familiares las lenguas doctas.—¡Qué gusto antiguo tiene su oda á Venus!

Luisa Labé ha sido injustamente olvidada en Francia.—Luisa Labé superior á todos los poetas del reinado de Francisco III.

Si quisiéramos recorrer por otra parte la galería de mugeres distinguidas, pronto hallaríamos también la noble fisonomía de madame de Montepan.

«Madame,—decía el inmortal Racine en una carta dirigida á esta,—mas estudio en vuestros pensamientos que en los libros.»

¿Y quién duda que las cartas de madame la Valliere son una obra sublime?

Los escritos de madame Mottville, á pesar de lo alterados que se presentan por las diferentes ediciones que de ellos se han hecho, están nutridos de esa sabiduría que presta á los pensamientos mas sencillos la sencillez esquisita de la muger.

Pero sería eterno recorrer la lista de nuestras celebridades.—Solo añadiré, que un rayo de luz de madame Estael, eclipsa la gloria de estas que hemos citado.

¡Madame Estael!—¿Ha estudiado sus obras la autora de los *Génios Gemelos*?

Es estudio grave.

—Confesémoslo.—España no es la que puede hablar alto en cuestiones de saber.—Como dice uno de nuestros concienzudos escritores, «la España *vegetaba* hasta que la mano de Napoleón gravitando de repente sobre la península, la dió movimiento.»

—Su civilización no ha llegado aun á aquel grado que se necesita para producir grandes literatas.

Yo admiro á las españolas por sus rostros graciosos.

Pero las mugeres célebres pertenecen á la Francia.

Francia tiene un ejército de literatas.

MADAME AMELIE RICHARD.

Paris 13 de mayo de 1850.

Contestacion á Madame Amelie Richard.

Sin darnos por ofendidas de las alusiones punzantes que madame Richard dirige á nuestra falta de saber, empezamos preguntando á madame Richard: ¿por qué acusa á los españoles de ser injustos con los franceses? ¿De no estimar su literatura? ¿Es porque de nuestras librerías se han arrojado los libros españoles, para ocupar los estantes con las novelas de Soulié, de Janin, de Balzac, de Sné y de Dumas? ¿Es porque en nuestros teatros se representan los pedazos de estas novelas? ¿Es porque leemos á *Martin el Expósito*, y aplaudimos la *Monja Alfréz*? ¿Es porque sufrimos las cartas de Dumas, en que pinta á nuestros Nobles como *Bandoleros* y á nuestras Damas como *Muñecas*? ¿Es porque nuestro delirio por la literatura francesa esteriliza la facultad de los ingenios españoles, y los obliga á traducir las malas obras francesas para ser atendidos de los editores y leídos del público? ¡Ah! ¡ojala que nuestros anteojos literarios no alcanzaran mas allá de los Pirineos! Así fijáramos la vista en nuestra literatura nacional, y estudiaríamos á Cervantes, á Quevedo, á Mariana, á Santa Teresa, cuya alabanza de nuestra boca humilde ha irritado á madame Richard.

No hay razon para ello. La alabanza que hemos tributado á Santa Teresa, es débil. Santa Teresa merece mas. Santa Teresa y Safo son las primeras *Poetisas* del mundo, y merecian ser elogiadas por el primer crítico de la Francia, por madame Estael.

¡Oh madame Estael!

¿Y por qué no hemos comparado á madame Estael con Teresa ó con Safo? pregunta madame Richard.

Vamos á decirlo.

Porque un hombre no puede ser comparado sino con otro hombre. Porque un poeta grave, un filósofo profundo, un político eminente, un erudito, un sabio, en fin, no pueden ser comparados con una poetisa. Porque las cualidades de sus talentos son diferentes.—Porque son opuestas.

Entremos en el fondo de la cuestion.

La *Literata* no es la *Poetisa*. La *Poetisa* no es la *Sábida*.

La facultad poética es un talento innato. Rudo como el de Ossian, que cantaba en los bosques á la llama de un tronco de encino; cultivado como el de Lord Byron que escribía desde el fondo de la brúfaca, el talento poético se robustece ó se debilita en la instruccion segun su indole, pero no se adquiere.

En España no hay *educacion literaria* para las mugeres. Madame Richard lo confiesa hablando de nuestra Santa.

Teresa de Jesus ha escrito por *genio* por *inspiracion*, Teresa de Jesus es *Poetisa*.

La literatura es un arte. Se aprende á escribir prosa, se aprende á versificar, se pueden componer libros sin ser poeta.

Madame Richard lo ha dicho hablando de madame Deshouliere. «Su conocimiento en el arte era profundo.»

En Francia hay *situacion literaria* para las mujeres. La mayor parte de las francesas son *Literatas*: son muy pocas las *poetisas*.

Allí donde la *inspiracion* brota espontáneamente y se abre paso á través de la ignorancia, allí está el *gênio*, allí está la *Poetisa*, allí está *Santa Teresa*. Allí donde el estudio ha cultivado el talento, fecundado las ideas, allí está el *Arte*, allí está la *Literata*, allí está *madame Deshouliere*. Allí donde el *gênio*, la *inspiracion* y el *talento* se han apoderado del *arte* y de las *ciencias*, allí está el *Sábio*, allí está *madame Estael*.

Solo una *Poetisa inspirada* improvisa como *Santa Teresa*, los *Conceptos del amor de Dios*.

Solo una *Literata esclarecida* produce como *madame Deshouliere* *Adios tan correctos*.

Solo un *Sábio* escribe como *madame Estael* sobre la *Alemania*.

En cuanto á *madame Cotin* es menos *Poetisa* que *madame Deshouliere*, y las demas *literatas francesas* menos *Poetisas* que *madame Cotin*.

De *Luisa Labé* dice *madame Richard* que «su nombre está olvidado en Francia.» Si su patria le olvida ¿cómo quiere *madame Richard* que nosotros la recordemos? Pero ya que su cita viene en apoyo de nuestra opinion, coloquemos á *Luisa Labé*, que *escribia comedias en griego*, al lado de las *Literatas* mas *Eruditas*.

Un escritor tiene la Francia, que en nuestro concepto, es mas *poetisa* que *madame Cotin* y *madame Deshouliere* y *Luisa Labé*. *Jorge-Sand*.

Jorge-Sand tiene pretensiones de parecer *hombre* como *madame Estael* la tenia de parecer *muger*. ¡*Hombre Jorge-Sand!* El autor de la *Valentin* y de *Consuelo* Una inteligencia tan fina, tan apasionada, tan entusiasta, tan tierna! ¡Una ideas tan *femeniles*, un *buñen político* tan ardiente y delicado! ¡*Muyor madame Estael!* ¡Un *gênio* tan vasto, tan analítico, tan matemático! ¡Una *razon* tan fria, tan varonil!... Mas parece *muger* Mr. de *Lamartine* en el *Adios* que dá á la *Francia* al embarcarse para *Oriente*, que *madame Estael* en el *Adios* que dá á sus hijos al huir desterrada á *Suiza*. Mr. de *Lamartine* se acuerda de los *árboles de su huerto*, *madame Estael* de la *politica de Inglaterra*.

Si alguna *poetisa francesa* puede compararse con *Safo*, es solo *Jorge-Sand*. Y debió haberlo hecho *madame Richard*, ya que tanto la ha gustado la idea del *gémelismo*. Así hubiera ilustrado nuestra *ignorancia*, mejor que calumniando á los españoles de haber *vegetado* hasta que nació *Napoleon*.

Es verdad que la mano de *Napoleon*, gravitando de repente sobre la *península*, imprimó un *movimiento á España* que produjo el terremoto del *Dos de Mayo*, donde se hundió la planta de *Napoleon*; pero esto fué en lo político. En lo literario ya primero se habian movido las *immortales* ruedas de *Calderon* y de *Cervantes*, para pasear por toda *Europa* el carro triunfal de nuestra *literatura*.

Esto hicieron los ingenios españoles. Por lo que hace á las españolas, no ambicionamos *ejércitos de Literatas*; nos basta con haber tenido una *Poetisa* mas inspirada que las francesas, y que esa haya sido *Safo*.

CAROLINA CORONADO.

Badajoz 6 de junio de 1830.

TIPOS PROVERBIALES DE ESPAÑA.

LA CASA DE TOCAME-ROQUE.

INQUILINOS.

EL DE VNA.	VELL-DIEGO.
EL DE MARLAS.	EL TIO FRANCISCO.
EL OTRO.	EL TIO QUERUBO.
EL P. GAYO.	EL ANON.
PERO QUELLO.	EL TIO VANDERPELO.
STAN LANS.	HEREDIA LA PEDONA.
PERO OTRO.	EL TIO EL DE LAS PALOMAS.
EL MANTROGNA.	LA TIA ESTROGNA.
STAN DE LAS VIEJAS.	FRANCISCO ENER LILAS.
STAN FORTAL.	ITA MARCANOS.
EL TOSTO DE COTIA.	LA TIA FROGNA.
EL TIO LITALLA.	LA MANTROGNA.
AGITA.	

El reloj del Buen-Suceso señalaba las ocho de la noche, y las melancólicas vibraciones de su campana eran interrumpidas por un murmullo prolongado que se parecía á la agitada respiracion de la Puerta de Sol. Cuando el invierno sacude sobre Madrid la blanca cabellera de Guadarrama, los habitantes de la coronada villa no andan, no

corren por sus aceras, sino que se deslizan como sombras. Tienen algo del lagarto en los pies: suben y bajan por los planos inclinados con la mayor velocidad. El frío, ese duende obstinado y malicioso que despierta á los médicos en alta noche en nombre de una pulmonía aguda, hace del hombre un ser ambiguo entre mono y pájaro. El habitante de Madrid, durante las noches de invierno, no pasea, salta; no habla, gesticula; no escucha, adivina. Cuando vá solo, tampoco salta, vuela; — volvemos á decirlo — vuela como las sifon-dras sobre el tomillo, vuela á grandes plazos. Es una falsificación humana con dos zancos cubiertos con un pantalon corinto que terminan en un sombrero ladeado. La cintura, las manos, la barba, la cara, son objetos para ser vistos en las noches de verano: durante el invierno los sacos, las mangas locas, y las pieles de chinchilla suprimen hasta las habitaciones estas particularidades del cuerpo humano.

La inmovilidad en la Puerta del Sol es un contrasentido... Hasta los puestos de los fosforeros varian de posicion segun se acerca la hora de entrada en los teatros ó de salida en los cafés. Los céntulos con juran el día detrás del mostrador de una tienda ó de los cristales de un café, con el estoicismo de la desgracia aceptada como un nuevo merecimiento: lo alejan con un cigarro, y lo rehazan con la aproximacion de diez semblantes, cuyos labios exhalan bocanadas de calor mezcladas con principios de politica nacional. — ¡Boca hablando de politica en el pequeño círculo de un corvillo equivale á una estufa.

En la noche á que llevamos la atencion de nuestros lectores distinguimos en medio de la Puerta del Sol un desconocido envuelto en su capa, con el reposo y la inmovilidad de una estatua. Acercámonos á él, instigados por la curiosidad, y sorprendimos en su fisonomia una mirada investigadora — Es un inglés, murmuramos; y volviamos á seguir por la calle de Alcalá, cuando pasaron dos jóvenes por delante de ambos, diciéndose mutuamente:

— ¡Mañana á las siete en las tapias del cementerio de Fuencarral!

— ¡Ahora lo veremos! — dijo el desconocido á media voz.

— ¿Los conocéis? — le preguntamos para reconocerle mejor.

— Son dos locos; se batiran por una muger.

— Tal vez á muerte....

— ¡Ahora lo veremos.

— Será á pistola.

— O... á café!

— No os comprendo.

— ¡Ahora lo veremos.

— La poliela evitara....

— Que se sepa, pero no que se haga.

— ¿Quién sabe!

— ¡Ahora lo veremos.

— Os habia tomado por un inglés, pero ahora me parecéis *Agragres*....

— Ni lo uno ni lo otro. Yo os conozco y vos no me conocéis. Sois periodista, escritor ó literato, cualquiera de esos nombres que representan entre nosotros al hombre de letras, y vos me tomáis por *Agragres*. Voy á revelaros mi nombre y á explicaros mi vida. Después me haréis justicia. Me llaman *el de Ene*; vivo en la casa de *Pocame-Roque*, ó mejor sea dicho, duermo en esta morada, porque vivo en la calle. Soy el primer guarismo con que se forma aquella suma tan grata para los empresarios de teatros cuando se llama *pública*, y tan terrible para los gobiernos cuando se llama *pueblo*. Soy el hombre-calendario. Hace cincuenta años que asisto á una misa de hora en Santo Tomás, y que ocupó el mismo número de grada en la plaza de toros. A una hora señalada paso por una calle durante veinte ó treinta años, y al cruzar por su acera siempre ha de tener lugar algun suceso. El carro que coje á un niño, el ratero que se guarda un peduclo contra la voluntad de su dueño, una rifa de aguadores, un albañil que cae de un andamio, un caballo que se desboca, un entierro que pasa, un tiesto que cae de un balcon, la visita de cárceles, el desfile de la parada, todo lo veo, todo lo presencio, todo lo observo. No soy individuo de ningun sacramental, y lo parezco en todas las iglesias: el sacristan me habla durante las *minervas* ó el primero ó el último, siempre formando ó concluyendo el *gémio*. En los aniversarios presencio el arreglo del catalico, ó la primera misa de la madrugada. En la puerta de San Pedro tropiezo con dos novios que van á recibir la bendicion matrimonial; en la calle de Colón encaro con el capitán general de Madrid que vá á pasar una revista de cuarteles, y en la puerta de Atocha me desvío para que no me atropelle el caballo de un postal, del cual aun no tiene noticia el mismo gobierno. Si llego á un pesame, he de subir la escalera cuando la baja ó se la hacen bajar al difunto; si voy á dar días, he de entrar en la sala cuando sale la señora del gabinete ya vestida por la doncella; si *hago pid* en el tresillo, he de sentarme cuando se acaba de *poner una puesta*, y he de llevarla cuando *le estaba dando* con fortuna al que tiene que *darme la*

mano... ¿Saludo á un amigo? ¿Pasa á la acera de enfrente para oprimir su mano afectuosamente? En este momento iba á cruzar hácia donde yo venia para ver á un agente de negocios que le interesaba hablar antes de perderlo de vista. ¿Vuelvo la esquina de una calle? Encuentro á la bella Marcelina que desea llegar á la iglesia de Santiago, donde la espera su amante. Soy amigo de la casa, y laacompañó á la iglesia; á una tienda de blondas, al despacho de su padrino, al pasaje de la villa de Madrid... á todas partes. El amante se desespera, y la jóven se inquieta, porque no se hablan á la salida de la misa como se habían prometido desde la víspera.

— Ahora recuerdo — le interrumpimos — que cada uno de nosotros tiene en esta vida su testigo providencial, su estorbo, su paréntesis misto de acreedor y espiá, personaje misterioso entre observador y convalidado de piedra... verdadero parásito de las calles.

— Ahí estoy yo... uno de esos polizontes de la providencia... el de siempre... el de Dios. Si el frío no hubiese enfamecido mis pies helados, os revelaría los misterios de mi existencia. Me retiro; voy á mi casa.

— Os acompañaré.

— Enhorabuena... No creáis que la casa de *Tócame-Roque* es el hospedaje de los ratos y de los truenos. Os equivocáis. Allí vivió la amena viviente de los siglos pasados: es una nación bajo el techo de una casa.

Domínados por el carácter original y aventurero de esta visita nocturna á la flor y nata de las casas domingueras de Madrid, á la casa de *Tócame-Roque*, ofrecimos nuestro brazo al desconocido, y tomamos por una de las aceras de la calle de Alcalá.

Llegamos á la plaza del Rey, y la proverbial animación de la Puerta del Sol fué reemplazada por un sepulcral silencio. Entramos en la calle del Barquillo, y largos paredones se levantaban como las tapas de un cementerio. Los faroles colocados de trecho en trecho, bajo la penumbra de una noche oscura, parecían una hilera de hachas mortuorias. Preocupada nuestra imaginación con los diversos pensamientos á que daba lugar la representación fantástica de aquella hilera paralela de torres simétricas, nuestro *Cicerone* nos optimó el brazo diciendo:

— Aquí tenéis la casa de *Tócame-Roque*.

Levantamos los ojos, y en el fondo oscuro de una puerta angosta y desigual distinguimos algunos rayos de luz varilante que salía de las rendijas de los cuartos, como los fuegos fatuos de un pantano.

De pronto una cohaca gritería rodó por el pavimento del portal como la explosión de un pistoletazo.

— Bien, perfectamente — exclamó nuestro acompañante — encontramos la casa revuelta.

— ¿Corramos riesgo?

— Adelante.

Y al pronunciar estas palabras salió de lo interior del patio una mujer de pequeña estatura, pálida, desmelenada, sacudiendo los brazos con mal disimulado enojo y golpeando el suelo con los pies.

Quitámonos en la sombra, y aquella fantasma, alumbrada por la claridad que salía de su habitación entreabría, llamó á todas las puertas, subió y bajó las escaleras, corrió con los unos y riñó con los otros, volviendo á su habitación con aire risueño y orgulloso, y escurriéndose entre las diversas personas que habían salido de sus cuartos, como una comadreja perseguida.

— ¿Travesuras tuyas!

— Mujer original!

— Es una viuda histérica — reposó nuestro *Cicerone*. — Padece jaqueca en invierno y tercianas en verano. Es menester hablarle siempre de su mal... sobre todo permitirle que riña. Para su carácter la riña es una especie de expectoración: es su tos, su desahogo.

— ¿Cómo se llama?

— *La Matimorena*. Observad á la derecha... ¿No véis un hombre que atraviesa el patio con sigilosa magestad?... Ese es mi hermano.

— ¿Vuestro hermano!

— Sí; el hombre *sauvonné*: el hombre de ayer, nunca de hoy. Es la antiedad de lo que sucedió... personaje filosóficamente visible y materialmente invisible en todos los acontecimientos públicos y privados. Hijo de aquel anciano que con la cabeza inclinada al suelo y el brazo apoyado en la manga de aquel Padre, sube ahora por la escalera; es una especie de anteojo humano... vé desde lejos. Me esplicaré. ¿Observasteis cómo se salió de su habitación hasta que *la Matimorena* se retiró á la suya? Pues bien: dentro de algunas horas volverá los cuartos de la vecindad, y será el primero que revele algunas circunstancias; él repita algunas palabras que habían pasado desapercibidas para los demás. Todo lo explica. Yo frecuento los espectáculos: él los observa; y vélos á observelos, él los juzga. Viene después nuestro padre y aplica una sentencia, una máxima, un refrán, un proverbio. De esta manera cuando se habla de un suceso dudoso y de un acontecimiento increíble, todos responden de su

existencia porque hubo un mortal que lo observó. Lo dijo él, y es menester creerle. Se preguntan después unos á otros: ¿dónde aconteció? ¿cómo sucedió? ¿quién lo vió?... ¿Y quién habla de ser... *el de Marras*. Y todos callan.

— Abusarán también de su nombre...

— Entonces viene nuestro Padre, y con un proverbio, no equivoco, una sonrisa, llega en auxilio de una idea mal recibida ó de un suceso desgraciado. Nuestro Padre tiene por esta circunstancia un nombre... de refaciot.

— Se llama...

— *El Otro*. Este ó aquel pueden equivocarse; pero el de más allá, el que está lejos, el que nadie vé, el que no habla con nadie, la sombra del suceso... *el Otro*... eso es infalible. La filosofía tiene el *Otro*; la observación *el de Marras*; la casualidad *el de Dios*. Nuestro Padre es el hombre-refracot. Una palabra, una mirada, una ambigüedad suya, son recogidas y aplicadas por los vecinos, mañana, pasado mañana... cualquiera día. ¿Se razan dos amantes?... Como dijo *el Otro*, ¡ello habrá de ser! ¿Se encuentran dos vecinos reñidos por un desaire? Como dijo *el Otro*, ¡quién sabe! Con el tiempo maduran las uvas. ¿Hay eclipses de sol?... Como dijo *el Otro* — exclaman los vecinos asomados á las ventanas — el que está arriba todo lo puede. Algunas veces — para haceros ver la autoridad de sus palabras — terminan los inquilinos de esta casa un duelo ó una lucha diciendo: «como dijo *el Otro*...» y aunque nada se repite, todos se convenceen de la razon de un presagio alegre ó triste, porque aunque no se dice lo que dijo *el Otro* — éste nunca debió decir una simpleza.

— Y el Padre que le acompaña será tal vez su consejero.

— Mejor diréis su rival. Es el *Padre Covos*: el observador melancólico y zumbón de la vecindad. Pesado y rebuscador, tardía ocho días para soltar una gracia que no es suya. Hace largas villas, registra las habitaciones, husmea los secretos de familia, y descubre los quebrantos de los demás. Es el egosta á los cincuenta años: indolente, gloton, avano. Mira á las personas como un anticuario á sus monedas: con las cejas fruncidas y los labios prolongados. Después de sus tiempos todo merece su censura. Dice una gracia en un duelo, y pronuncia un sermón en una comida de campo. Goza con agnar la agena satisfacción, y cree una vulgaridad, cree que nadie le conoce cuando la vecindad ya llama á la imprudencia *indirecta del Padre Covos*. Considerad cual podrá ser el aprecio y la estimación que tiene entre los inquilinos de esta casa, cuando el mismo *Padre Botero* varió de habitación por no vivir á su lado.

— Entonces *Padre Botero* será el vice-versa del *Padre Covos*.

— Debían vivir pared por medio. Se parecen en el color, pero se distinguen en las líneas. Cuando el *Padre Covos* vá de lado, *Padre Botero* cruza por enfrente. El primero se parece á la calebra porque se adelanta rastreándose sobre el suelo; el segundo se asemeja al jarra porque marcha en línea recta sin que nadie pueda pararlo en su carrera. *Padre Botero* es el persona-jidas de la casa. Embustero y trapalón, háy que creerle bajo su palabra, y se le debe dejar la derecha en la escalera, aunque bajo en camisa, trage que no puede reclamar la consideración de sus vecinos. A juzgar por lo que habla, se cuenta con él para todo; cuando nadie se acuerda de él; se temen sus revelaciones cuando nada sabe, y se respetan sus presagios cuando sobre nada reflexiona. Se levanta temprano y se acuesta tarde. Vive hablando de sí y de sus enueños. Por lo regular tiene, se lo que él, muchos enueños cuando ni aun cuenta con amigos... Solo puede tener indiferentes, y se apropia entonces una numerosa clientela. Habla de todo, comenzando de esta suerte: *¡si yo fuera!... ¡si yo estuviera en lugar de!...* Es el D. Quijote de la vecindad: en sus célebres *calderas* bien puede cocer nabos de Fuencarral y palominos de la plazuela de San Ildefonso... Ahora bien; ya conocéis algunos inquilinos de la casa; subid cómoigo y observad después el vecino mas original y sorprendente que podéis representaros en la imaginación.

Subimos la escalera principal y encaramos con una puerta cuya cerradura permitía reflejar en la pared de enfrente un boton de oro esmaltado por la luz que sale por el ojo de la llave. Aplicamos el semblante á la cerradura, y distinguimos un personaje escofido, inactivo, de ojos hundidos y prolija barba, sin movimiento en las pupilas ni articulación en las manos. Vestía un holgado capisayo de lienzo, corona de laurel en la cabeza, y calzaba sandalias.

— ¿Es un comediante?

— Es el *Roy que robó*.

— Entonces será el primer rey constitucional.

— Observad á su derecha...

— ¡Oiga!... á juzgar por su trage y su postura parece hermano del *Roy que robó*.

— Es su amanués, su secretario particular; es *Galaino*; es el hombre-crónica. Vive en todos los siglos menos en el presente. Presenció el diluvio, dirigió la inscripción del obelisco de Luxor; Lon-

gino y él disputaron en Egipto sobre el tratado de la sublime; se hartó de dátiles en las costas de África en compañía de la reina Dido; tuvo en las manos la loba disecada que dió de mamar á Rómulo y Remo; conserva la primera moneda que le cayó el emperador Augusto después de cerrar el templo de Jano; fué escribiente de Ataulfo; condiscipulo de San Isidoro, maestro de Alonso X., consejero de Cristóbal Colón, revisador de las cuentas del Gran Capitan... De Napoleón no refiere ningún acontecimiento... porque aun no cree en su existencia, porque aun no llegó á él... Por ahora está apostado en la era MCCCCLXVIII (1).

—Será inmortal.

—Lo fué, porque Calainos no existe. Su vida es una cosa pasada; es un ser privilegiado que solo ve lo que aconteció. Así, pues, no tiene un libro, un pergamino, un monumento, un relieve, una medalla: su historia no es escrita ni es hablada; es una historia suya, propia, original, exclusiva: una historia soñada. La vecindad se ríe con sus relaciones, y ha dado en llamar á todo lo irrealizable é inverosímil las copias de Calainos.

—Siento pasos, y no estaremos muy seguros de que atraviesen el corredor sin descubrirnos.

—¡Beli!... son *Pero Grullo*, *Juan Portal*, *Juan Lanas*, *Juan Fernandez* y *Juan de las Viñas*: los amigos inseparables de la vecindad. Cada cual se cree dichoso con la consideración que se merece entre los inquilinos de esta casa: *Pero Grullo* como filósofo, *Juan Portal* como amigo, *Juan Lanas* como marido, *Juan Fernandez* como amante, y *Juan de las Viñas* como particular. Si *Pero Grullo* dice una trivialidad, *Juan Fernandez* toma una mirada de *Mariquita la Pelona* por la sincera y pura expresión del amor. Al encontrar *Juan Lanas* en su casa el sombrero de Villadiego, no se imagina que toma una de las sayas, temeroso de ser sorprendido al lado de su mujer, sino que cree en una nueva gracia de su provocativa jovialidad. *Juan Portal* es, según la vejeidad, un hombre que no le va ni le viene en nada. Es amigo de todos porque es un viviente que se encoge de hombros á lírios y troyanos. Los sentimientos humanos son distracciones para él: la ingratitud, la repulsa, el desprecio no existen, no pueden existir; porque no representan para él ningún objeto conocido. Solo cree en las debilidades humanas cuando oesha de escuchar algunas máximas y sentencias de *Pero Grullo*; pero aun así comienza y acaba las conversaciones con el quién sabe. *Juan de las Viñas* toma las maliciosas miradas de los vecinos por el curioso reconocimiento de sus bellas proporciones y la muda admiración de su privilegiada suerte. Es el hombre-escripulo; esclavo irresoluto del que dirán. Reunidos estos amigos entre sí, forman un corrillo mugeriego y entredador; al pasar algún vecino por delante de ellos lo abruman con sus gestos, sus códigos insinuosos, sus reticencias y sus palabras al vido. Cualquiera creerá que se burlan, pero ni aun consiguen reírse: su conversación es como la baba de los caracoles: señala su piso y esplica su pesadez. *Pero Grullo* es su director espiritual y temporal, su maestro: su oráculo. Lo que dice *Pero Grullo* lo repiten los otros, y lo que es peor, lo repiten mal. Los vecinos ya llaman á sus agudezas y travesuras... *perogrulladas*. El inquilino que mas los rumba y aburre es *Villadiego* con sus chiflidos y piruetas, sin que puedan alcanzarlo, aunque se apostaron repetidas veces en los rincones de la casa.

—Será el diablo-cojuelo del barrio.

—¡Oh, no!... es el pillastre de la vecindad. Es proleto. Hoy parece un joven juicioso en la habitación de *Calainos*; mañana llega al cuarto de la *tía Candonga* como un muchacho travieso y voluntarioso. Es á la vez astrónomo, poeta, abogado, médico, ingeniero de minas, literato, prestidigitador, albeitar... todo lo que sea la persona con quien habla. A cada persona la dice su profesion; á cada inquilino le revela las debilidades de su vecino. Galantea á la una, requiebra á la otra, dá palabra de casamiento á ésta, desprecia á aquella: ya es D. Juan Tenorio; ya es el lindo D. Diego. Desafia y no parece; cita y no viene. Va á sorprendérselo y escapa; parece que volverá mañana á la misma hora que hoy, y no sale de casa. Su aparición y desaparición es proverbial entre la vecindad; de acuerdo que cuando uno marcha antes de tiempo ó no viene á la hora señalada, dice que tomó las de *Villadiego*.

Seguimos por el corredor del piso principal, y llegó á nuestros oídos una confusa gritería que debía salir de la última habitación de la casa.

—Es la tertulia de confianza del *tío Peranzules*, dijo nuestro acompañante al comprender nuestra muda interrogación.—Enfrentó vive la mala lengua de la casa: la *tía Candonga*.

—Mala compañía para vecinos pacíficos.

—Y sobre todo para la tertulia donde se reúnen el *tío Peranzules*, su mujer la *tía Marisapalos*, sus hijos *Mariquita la Pelona* y *Périco*

de los *Palotes* y el compuesto y aleminado *Periquito* entre ellas.

—Jugarán á la lotería antigua.

—Hablan, ó mejor sea dicho, charlan. Únicamente el día de cumpleaños ó del patrón de la parroquia bailan unas boleras después de ir de campo á la pradera del canal. El *tío Peranzules* es el hombre pondoroso, reservado cuando no le importa y charlatan cuando no le viene á cuento. La mejor alhaja de su cuarto es un grande espejo con el que consulta sus gestos y movimiento. La vecindad le critica por esta circunstancia de... muy mirado en sus acciones. Para su familia es el tipo de la honradez, pero los inquilinos le llaman un infeliz, un santo varón. No es el amo de la casa; allí cambia de sexo la cabeza doméstica; el marido es la mujer. La *tía Marisapalos* es hacendosa, uraña, cuentera, quisquillosa, lleva y trae, recadora en los días feriados y marmuradora en las noches de labor. Su hija, *Mariquita la Pelona*, es el correvedile de la vecindad: empieza por ser envidiosa y casquivana; y segura de que su padre no la reprenderá, dominado por el carácter gruñon y descontentadizo de su mujer, hace burla de los viejos y se familiariza con los jóvenes. La *tía Marisapalos* ve por los ojos de su hija; la consiente que alborote la casa, que amenace á su padre por detrás, que vaya mal acompañada á los lavaderos de la Virgen del Puerto... es la chiquilla desvergonzada que la espera mas tarde un puesto de fiseforos en la plaza de Lavapiés, ó un cesto de naranjas cerca de san Juan de Dios, ó lo que será peor, el mismo san Juan de Dios. Su hermano *Périco de los Palotes* es el gracioso de su familia; perezoso, indolente, donánguero: toca por cifra la guitarra y juega á la barra en el portillo de Embajadores. No tiene oficio; pasa. Los vecinos le llaman un *acortao*. Es un misto de pretendiente y observador. Anda: hé aquí su oficio. Asiste á las paradas militares: hé aquí sus hechos de armas. Lee los cartéles de toros: hé aquí sus estudios. Silva por los corredores: hé aquí su educación. Dice siempre que va de prisa por la calle, y se detiene en las tiendas de blondas, en las lonjas de géneros ultramarinos, en los almaceas de cristales, en los pasajes, en las obras que se construyen, en las puertas de los teatros, en las afueras de Madrid, é insensiblemente vuelve á su casa, después de describir repetidas espirales por las manzanas de la coronada villa.—Ahí sale *Periquito* entre ellas que va á la habitación de la *tía Candonga*. Este inquilino es el hombre-neutro: no tiene sexo. Borda, esoribe, canta, lee, cose zapatos, buila, revuelve un guisado, lava un jabon, se afeita el bigote y deja crecer las patillas, se viste de muger por el Carnaval y acompaña sin guardián á las muchachas del barrio. Es ave que nunca lleva en el pico alguna rama para su nido. Ni pesca, ni caza, ni arma: las mugeres de mundo le llaman un *espantajo*; las jóvenes le toman por una *panatalla*. Se sospecha que sea hombre; solo se sospecha de su sexo. En cambio la *tía Candonga* es un huracán: viva como la centella y ruidosa como la pólvora comprimida. No habla, grita;—es poco—vocifera. Pone sobrenombres á los vecinos, se burla á neullaciones maliciosas, seduce á los incautos, insulta á los pacíficos y rechaza á los prudentes. Vive con el barullo y el escándalo. Busca las ocasiones donde puede herir de nuevo á sus vecinos, y con los brazos en jarcas espera para salir de su cuarto que rechine la cerradura de la habitación del *tío Peranzules*, le mira de reojo y cantando con aire malicioso deja entornada su puerta para observar la desazon de su enemigo.

El interés y la curiosidad crecían en nuestra fantasia al escuchar la relación de nuestro *Cierrone*, y nos resolvíamos á seguir por un estrecho corredor que desembocaba al lado del cuarto del *Tonto de Coria*, el popilo sin voluntad del desalmado *Orbas*, cuando la luz de un farol reflejó en la pared de enfrente la sombra agigantada de un personaje desconocido.

—Retiraos—exclamó nuestro acompañante—porque si os reconocen, sois perdidos. De seguro os manteará *Pedro Botero*, el cual siempre está de semana voluntariamente para registrar la casa... Descaba hablaros de la *tía Pandanga*, del *tío Liliala*, de... pero corre de mi cuenta el volver á buscaros.

—No acertaremos á salir... guladnos.

—Enhorabuena... Mañana, pasado mañana os encontraré en el cementerio, en la iglesia, en los toros, en palacio, en las cortes, en el Prado, en el café, en vuestra redacción... en vuestra misma casa si os place.

—La ignorais.

—Os seguiré desde la calle.

Y golpeando nuestras espaldas con humilde familiaridad nos acompañó hasta la puerta de la casa de *Tócame-Roque*.

Respiramos el viento de la calle, y á la media hora ocupábamos una silla en el café *Boizo*, donde acudían los *dilettantes* cansados de aplaudir á la *Persiani* y á *Ronconi*, y los jóvenes elegantes que se preparaban para las *soirées* de buen tono. Por nuestra parte aun creíamos reconocer algunos inquilinos de la casa de *Tócame-Roque*.

ASTASIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago, mayo 4 de 1850.

(1) Lda de 1. C. 4520.



(Vista de la roca Tarpeya, Toledo.)

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

Tratemos de resumir el espíritu de los dichos de cada uno: Mendoza quería esplicaciones sobre la oposición de Sotopardo á su enlace con Matilde, cuando precisamente se le había llamado para que lo facilitase; Sotopardo se contentaba con declarar que se oponía á tal matrimonio y que no había de verificarse; Matilde, comprendiendo que un sentimiento de delicadeza no permitía á su nuevo amante revelar ni al novio ni á la madre los secretos de la reciente entrevista, abusaba de aquella generosidad, con respecto á Mendoza, desdénándose de darle satisfacciones, con respecto á su madre, tratándola como el fuerte al débil, sin misericordia; y Milagros, finalmente, que siji que nadie se la dijera, sabía, como si lo hubiera visto, lo pasado

entre su hija y Sotopardo, procuraba escitar á este por todos los medios posibles á que de su reserva saliese.

En cuanto á los dos militares el término de su disputa era fácil de prever: empezada la discusión con violencia, pasó pronto á las frases duras, de estas á las irónicas provocaciones, y á última hora de boca de Mendoza salió un denuedo, á que replicó Sotopardo con un: «Me dará V. satisfacción» que atajó el debate.

Pero Matilde no quería que le matasen á su amante y menos aun á su novio, y si el desafío se verificaba, probablemente se quedaba sin marido.

Milagros, que sabía también la superioridad de Don Carlos en las armas, temblaba que Mendoza sucumbiese, pues libre su hija, era claro que ella había de perder el amante.

La hija y la madre acudieron, en consecuencia, á contener á los hombres que, tomando los sombreros, se encaminaban ya hacia la calle; pero al querer estorbar el combate acusáronse la una á la otra de haberlo provocado, y al defenderse de aquella acusación se dijeron tales cosas que escandalizarán á un tabor de cuerpos francos.

Advertimos, y es importantísimo, que seguras la una y la otra de disponer de Mendoza á su arbitrio siempre que se les autojara, las dos se encaminaron de preferencia y al mismo tiempo á Sotopardo para contenerle, y en tanto el novio, á quien la mostaza se le había subido por completo á las narices, como vulgarmente se dice, salió exclamando:

—«Señor don Carlos, abajo espero.»

Con lo cual, como Bustos Tavera con el famoso *cañuero* *voy de serparilla*, bajó cuatro á cuatro los escalones hasta dar consigno en la calle y respirar el aire libre de que no necesitaban poco sus agitados pulmones.

En tanto Milagros censaba á Matilde de que no contenta con su novio, y con mas de una aventura sin consecuencia, perseguía hasta al amante de su madre; y su dignísima hija le replicaba, con una modestia encantadora, que con el ejemplo que se le daba desde que nació no podía ser otra cosa que lo que era; que no tenía nada de extraño que Sotopardo prefiriese la *jóven á la vieja*; y que, en fin, bien podía tolerársele á la *jóven que tuviese amante*, además de novio, cuando la *vieja* además de *amante* tenía un *fraile* con quien iba á confesarse casi todas las tardes, amén de las noches que el fraile iba á confesarla á ella.

Semejante conversación, de cuyo amena é instructiva, produjo en nuestro don Carlos el efecto que era natural atendidos su carácter y antecedentes: abriendo los ojos á la luz por completo, vió á la madre y á la hija en toda la horrible desnudez de su hedionda corrupción. Diéronle asco primero, y luego acabó por divertirse en su ríde, cual si asistiese á una de gallos ó á otros animales cualquiera.

Desde aquel momento, pues, hizo firme propósito de renunciar para siempre á todo trato con tales infames gentes, renovando la resolución de impedir á toda costa el enlace de Matilde con Mendoza.

Sin despedirse, sin mirar siquiera á las dos viles criaturas, salió Sotopardo de aquella casa; en la puerta le esperaba Mendoza, que ciego de cólera, y cerrando los oídos á las explicaciones, ya francas, benévolas, cordiales y hasta humildes—¡fenómeno singular!—de su compañero, obstinose en medir con él las armas.

—Mendoza, le dijo éste, es inútil que V. se cause: no me bato.

—Le insultaré á V. en público.

—No me bato.

—Le llamaré cobarda.

—Vive Dios!—Pero nó: no me bato.

—Le pondré á V. la mano en la cara.

—Miserable!

—Batámonos.

—No me bato.

—Pues entonces... exclamó el novio, levantando la mano y acercándosele al rostro á Sotopardo.

Ante tan cruel afrenta cedió la resolución de nuestro don Carlos, y en el acto, perdió toda prudencia, tiró de la espada. No se hizo de rogar el otro que se abrasaba por batirse, y los hierros se cruzaron al punto.

La calle era escaseada, y ya las once de la noche: dos ó tres personas que por allí pasaban, prudentes ó temerosas, apretaron el paso para evitar contingencias; y el combate además fué breve.

Mendoza siempre inferior á Sotopardo en el manejo de las armas, estaba ciego de ira; y á su enemigo le abrasaba todavía la cara con la amenaza sola del bofeton.

Al minuto, pues, don Carlos el bueno estaba desarmado y herido de una ostocada en el brazo derecho por don Carlos el malo. Entonces el último, envainando su espada, y acudiendo á vendar la herida con su propio pañuelo, dijo á Mendoza:

—Me ha obligado V. á batirme, y sin embargo siento lo que ha sucedido: mañana hablaremos despacio, que estaremos ambos mas serenos. Entre tanto créame V. y levántese la tapa de los sesos antes de casarse con Matilde.

—Pero por qué, señor, por qué?

—Porque es una mujer indigna de serlo de un caballero.

—Sotopardo, en curándome volveremos á batirnos y á muerte.

—Adiós Mendoza, V. está loco.

Dichas esas palabras volvió Sotopardo la espalda y retiróse á su casa.

Apenas solas la madre y la hija, comprendiendo el riesgo inminente que corrían de perder el noviazgo de Mendoza, hombre por su candor y buena fé para ellas irremplazable, cesaron, como de común acuerdo; en su cuna; y abriendo el balcón de la sala, paséronse á él en observación de lo que en la calle pasaba.

Ya hemos visto la brevedad del diálogo y lo rápido del combate de los dos capitanes; así que, si bien apenas las vieron tirar de las espadas, bajaron Milagros y Matilde las escaleras con gran celeridad, tratando de interponerse entre ellos, cuando á la calle llegaron ya el daño estaba hecho, y Mendoza herido, sobre celoso; acorrajado sobre tanto, fué el único á quien hablar pudiera.

A la verdad él era allí el personaje importante; en cuanto al otro, la madre y la hija se decían, cada una para sí, se entienda abigarse la boca, que después él será mudo.

¡Habremos de esforzarnos mucho para persuadir al lector de que fácilmente se apoderaron aquellas dos infernales mujeres del ánimo

del herido? Mal habríamos desempeñado, muy mal, nuestro oficio de cronistas si así fuese.

Cuatro zalamerías de Matilde, otras tantas frases hipócritas de maternal interés en boca de Milagros, sobraron para que Mendoza se rindiese á discreción, y se dejase llevar como un cordero al bra del sacrificio, esto es á la casa de las niñas, de la cual desde entonces no volvió á salir hasta que fué marido de la enocautadora doncella.

¿Cómo le esplicaron la escena que de presenciar acababa?—May fácilmente: Sotopardo con villano abuso de la confianza de Matilde, había querido triunfar de su virtud aquella tarde, poniendo tal infamia por condición precisa de su intervención en favor de los novios, y declarando que si la *niña* no cedía á su mal deseo, él haría de modo que nunca con Mendoza se casara. Milagros que como mujer de mundo, tenía conocimiento, mas bien que sospecha, de la pasión de D. Carlos por su hija, pasión que ésta en su inocencia, no sospechaba siquiera, apenas supo por Mendoza mismo que Sotopardo estaba á solas con Matilde, receló cuanto pasaba, y de ahí la sorpresa, etc. etc.

Resultaba, pues, con evidencia probado; primeramente, la inocencia, el candor, la fidelidad de Matilde; en segundo lugar la cuerda prevision de su madre; en tercero la infamia del capitán Sotopardo; y finalmente que Mendoza, á pesar de su herida, era el hombre mas feliz de la tierra en haber hallado una esposa como Matilde, y una suegra como Milagros, tan tierna, tan solícita, que no vacilaba en sacrificar sus propios amores á los de su hija. Verdaderamente no es fácil renoir dos hembras de tan infernal condición como lo eran aquellas niñas.

Todo se arregló, todo se convino la noche misma en que tuvieron lugar los últimamente referidos sucesos; mas aunque la real licencia estaba corriente, la vicaria necesitaba tiempo, siquiera una semana, para poner en regla á los contrayentes, y durante esa semana Sotopardo era hombre de remover cielo y tierra, de poner en juego irresistibles resortes para impedir aquel casamiento. Milagros, conociendo la actividad incansable, la tenacidad inflexible de su amante, temblaba, y con razón sobrada, que estorbaba la realizacion de aquella su esperanza suprema, porque, en efecto, salir de Matilde y casándola bien, era inmensa fortuna para la Gitana.

Confesámonos en gloria suya: si algun resto de naturales y honrados sentimientos quedaba allí en las profundidades de su empoderado corazón, ese resto era para Sotopardo, su último y acaso su mas sincero amor, á que se agregaba la herida fundada prevision de que para ella no podia repetirse en lo sucesivo tales aventuras. Por tanto vaciló y mucho, pasando por crueles alternativas, antes de resolverse á sacrificar el sentimiento á la conveniencia: pero esta triunfó al cabo, como triunfar debía.

Matilde era su madre perfeccionada: es decir, una mujer en quien la corrupción aparecía como ingénita, y una mujer que educada por otra de igual especie, y respirando desde su primer instante una atmósfera envenenada, solo de ponzoña vivía, pero tan natural y en la apariencia plácidamente, como el ave en el aire, como el pez en el agua. Dueña de los secretos de su madre, y de los de su padre, acretores de vergüenza, de infamia y aun de crimen, no se hubiera detenido un solo instante en usar y abusar de ellos para vengarse de Milagros, en el momento de recelar siquiera que por culpa ó omisión de esta dejaba de realizarse un enlace á cuyo favor iba ella, bastarda y corrompida criatura, sin familia, sin posición, sin nombre legítimo, y sin fortuna, á conquistar en sola un día todo lo que le faltaba.

«Si yo, se decía Milagros, me viese en tal situación, capaz seria hasta del asesinato. ¿Que hará, pues, Matilde que es mucho peor que yo lo he sido nunca?»

A mayor abundamiento D. Enrique ya viejo, pobre, proscrito, acababa de salvarse milagrosamente del cadalso, ó cuando menos del presidio, merced á la intervención del *santo director espiritual* de aquella *santa familia*; y lejos de hallarse en estado de prestar protección á nadie, la necesitaba él no poco para sí mismo.

El fraile en cuestion había sido guerrillero durante la guerra de la independencia en Andalucía: Milagros y su hija, niña entonces, viajando en cierta ocasión sin escolta desde Sevilla á Morou, cayeron en poder de la partida que el religioso acudillaba, y como familia de *afrancado*, parecía probable que fuesen duramente maltratadas á pesar de los fueros é inmunidades de su sexo. Las pasiones estaban tan exaltadas en aquella época, los ánimos tan enconados contra los *traidores* que al *quero* servían, que los guerrilleros los trataban, cuando en sus manos caían, poco mas ó menos como los *isabelitas* á los *canarios*. Añádase que el *fraile* era conocido por su feroz exaltación, y se comprenderá que Milagros se encontraba en inminente peligro.

Sin embargo, ni su serenidad, ni su buena estrella la abandonaron en tan crítica ocasión: apenas en presencia del guerrillero, y sentenciada ya, por de pronto, á ser azotada *coram pápulo*, y sin

perjuicio de lo que ulteriormente pudiese de ella disponerse, la Gitana, con gran presencia de ánimo, solicitó que el fraile la oyese antes de la ejecución algunos instantes á solas, gracia que obtuvo, porque al presbítero-soldado no le habian parecido del todo mal sus biogotes.—La audiencia que debía ser de cinco minutos, duró dos horas, al cabo de las cuales, con asombro y no sin murmuración de aquellos que los franceses llamaban *Brigantes*, y los españoles *Patriotas ó Empecinados*, Milagros y su hija obtuvieron libertad completa, y fueron por el fraile mismo escoltadas casi hasta dar vista á las avanzadas del ejército invasor.

En concepto de sus soldados dejóse el fraile seducir por los encantos de aquella Armida, y hasta cierto punto acertaron: pero es justo añadir que por el placer no olvidó el cabeilla los intereses de los suyos, ni menos los de la causa que defendía. Milagros se hizo mancha, pero además espía del guerrillero, doble oficio con el cual ganó algun dinero por entonces; preparándose un protector para los días aciagos de la derrota.

En efecto, á la vuelta del rey Fernando VII á España encapillóse el fraile de nuevo la cogulla, y desplegando contra los liberales y *Fragmasones* el mismo celo, ferocidad tanta, como contra los franceses y sus partidarios desplegara durante la guerra, obtuvo, ajen de un puesto importante en su orden, gran favor con el monarca. Gracias á esa posición, y á la consecuencia que siempre guardó á Milagros, cuando ésta con D. Padrique y Matilde llegaron á Madrid, á pesar de la proscripción que sobre el ex-magistrado pesaba, y fueron presos, no solo por el juego, sino porque contra Vargas aparecían indicios de mezclarse en tramas políticas, consiguió el fraile, y acaso el solo pudiera conseguirlo, que se limitase el rigor del gobierno á extrañar del reino al culpable, dejándose en completa libertad á su familia.

De tales antecedentes, y de la habitual frivola parsimonia, se desprende que si, el tal religioso era un protector necesario, importante, y á mayor abundamiento temible; por lo respectivo al dinero poco ó nada podía Milagros prometerse de él, y mucho menos exigirle. Los frailes todo lo querian y tomaban como de limosna.

Mas, mucho mas, podia esperarse de la buena indole de Mendoza, y por lo tanto, tan interesada estaba Milagros, si nó mas que Matilde, en que el matrimonio se realizase; porque la vejez se le acercaba á pasos agigantados, y con ella la miseria mas espantosa.

En virtud de tales consideraciones, y si bien reservándose la esperanza para lo futuro de enredar de nuevo en sus lazos á Sotopardo, resolvióse la Gitana á obrar contra él, al menos en lo indispensable para que á sus planes no estorbase; y tan buena maña se dió, que con el auxilio del fraile, á quien pintó las cosas como á su propósito cuadraba, logró que al tercer dia despues de la escena que hemos referido, saliese D. Carlos para el castillo de las *Peñas de San Pedro*, acompañado por un ayudante de plaza para seguridad mas completa.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UNA LECCION DE ORTOGRAFIA.

Despues de la primera representacion del *Orestes*, de Voltaire, una celebridad femenina de Francia le mandó una carta de cuatro páginas conteniendo criticas sobre su obra. El célebre escritor se contentó con responderla estas pocas palabras: «Señora, no se escribe *Orestes* con h.»

PELIGROS DE MADRID.

REVAQUE DE LAS FACHADAS.



Una línea tirada con garbo y desenvoltura á la vuelta de una esquina.